



El camino recorrido por Jesucristo no es fácil

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [G Drive](#)]

Dice San Agustín sobre este camino: «*Se muestra duro, pero es seguro; otros caminos tienen quizá, placeres, pero están llenos de ladrones*». La aspereza de los caminos de Cristo es innegable y acobarda siempre a los faltos de ánimo que no tienen valor para tomar decisiones. De ahí surge el temor. ¿Por qué Cristo no vivió entre comodidades? ¿Por qué recibió más humillaciones que aplausos? ¿Por qué hubo de morir en una cruz, desgarrado antes por azotes, coronado de espinas, negado por sus amigos, abandonado de Dios? ¿No podía haber sido de otra manera? Pudo, tal vez, pero no fue así y nada podemos hacer para variar sus planes. Ni para sus apóstoles, ni para sus santos, ni para nosotros. La pobreza, la humildad, la vida penitente, la renuncia a las satisfacciones del mundo, la búsqueda del último puesto; esos son los caminos de Cristo y es peligroso desviarse de ellos, porque, sí que hay otros caminos en el mundo, pero, los otros caminos. «*están llenos de ladrones*». Como reconoce Santa Teresa:

«Señor, que todo el daño nos viene de no tener puestos los ojos en Vos, que si no mirásemos otra cosa sino al camino, presto llegaríamos; mas damos mil caídas y tropiezos y erramos el camino por no poner los ojos -como digo- en el verdadero camino» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 16,11).

«*Seguir al Señor es la mayor gloria*» (Eclo 32,38). Después del Bautismo de Jesús, y de anunciar el Evangelio, llama a que le sigan sus discípulos. Hay que creer en Él, y confiar. «*Quien quiera ser mi discípulo que me siga*» (Mt 16,24). [...] Aunque no fuera necesidad para nuestro bien, sería un deber de agradecimiento, [...] un deber de fidelidad. Porque en el Bautismo se renuncia al mundo, al demonio y seducciones para seguir a Cristo.

No existe ningún estado, ni trance de nuestra vida por el que no haya pasado Cristo y del que no sea ejemplo. Constantemente, sin apartarnos de Él, donde quiera que vaya, nos debe dar igual seguirle a un lugar que a otro, en un estado que en otro, como indicaba San Ignacio al inicio de los ejercicios en su "Principio y Fundamento". [...] Si Él pasó por ese camino y nosotros nos determinamos a seguirle, Él nos acompañará siempre. En el dolor, enfermedad, sufrimiento, siguiendo al Señor en esto encontraremos el consuelo. [...] La Santa sufría de no ser toda de Él.

«Si el amor que me tenéis, / Dios mío, es como el que os tengo, Decidme: ¿en qué me detengo? / O Vos, ¿en qué os detenéis? / Alma, ¿qué quieres de mí? / Dios mío, no más que verte. / Y ¿qué temas más de ti? / Lo que más temo es perderte» (Poesías 9).

Santa Teresa de los Andes también lo aconsejaba: «*Que todos los momentos desocupados pienses en tu Dios que tienes dentro de tu alma. Mira a Jesús en los oprobios, y aprenderás a humillarte. Míralo obediente hasta la muerte, y aprenderás a obedecer. Míralo en el silencio de Nazaret donde permaneció treinta años, y aprenderás a estar recogida dentro de tu alma y en silencio... Y así en todo*»¹. Es el mejor

¹ SANTA TERESA DE LOS ANDES, Obras completas. Ed. Monte Carmelo. Burgos. p. 342-344.



remedio para convertirnos. Nuestra imitación, no consiste en la fría repetición de lo que Cristo hizo, sino en querer hacer lo que Él haría si estuviera en mi lugar. Lo que dice San Juan de la Cruz; «*No hacer cosa ni decir palabra notable que no la dijera o hiciera Cristo si estuviera en el estado que yo estoy y tuviera la edad y salud que yo tengo*» (Grados de perfección 3). La Santa, se arrojó a sus brazos.

«¡Oh cristianos! Despertemos ya, por amor del Señor, de este sueño, y miremos que aún no nos guarda para la otra vida el premio de amarle; en ésta comienza la paga. ¡Oh Jesús mío, quién pudiese dar a entender la ganancia que hay de arrojarnos en los brazos de este Señor nuestro y hacer un concierto con Su Majestad, que mire yo a mi Amado y mi Amado a mí; y que mire El por mis cosas, y yo por las suyas!... ¿qué soy yo, Señor? Si no estoy junto a Vos, ¿qué valgo? Ya yo veo, Esposo mío, que Vos sois para mí; no lo puedo negar. Por mí vinisteis al mundo, por mí pasasteis tan grandes trabajos, por mí sufristeis tantos azotes, por mí os quedasteis en el Santísimo Sacramento. Sin Vos, ¿qué soy yo, Señor? Si no estoy junto a Vos, ¿qué valgo? Si me desví un poquito de Vuestra Majestad, ¿adónde voy a parar? ¡Oh Señor mío y Misericordia mía y Bien mío! Y ¿qué mayor le quiero yo en esta vida que estar tan junto a Vos, que no haya división entre Vos y mí? Con esta compañía, ¿qué se puede hacer dificultoso? ¿Qué no se puede emprender por Vos, teniéndoos tan junto?... no volveré las espaldas jamás, con vuestro favor y ayuda» (Conceptos del amor de Dios 4,8-10).

†

Solo Dios basta, ... ¡Ave María y adelante!